

EN SOLEDAD HA PUESTO YA SU NIDO. POESÍA Y MÍSTICA

JUAN ANTONIO MARCOS*

Fecha de recepción: diciembre de 2021

Fecha de aceptación y versión final: enero de 2022

RESUMEN

Tras un breve acercamiento al concepto de “soledad”, ofrecemos algunas evocaciones de la misma a través de algunas calas en poemas y poetas selectos de la lengua española, sin olvidar a esos trovadores modernos que son los cantautores. Seguidamente focalizamos nuestra atención sobre el poeta y místico por excelencia de la soledad y el silencio: san Juan de la Cruz. Para terminar con un breve análisis de la imagen bíblica y mística del “pájaro solitario”, paradigma de la experiencia contemplativa.

PALABRAS CLAVE: literatura, Juan de la Cruz, pájaro solitario, silencio.

IN SOLITUDE SHE HAS BUILT HER NEST. POETRY AND MYSTICISM

ABSTRACT

After a brief introduction to the concept of “solitude”, we highlight some evocations of it through selected Spanish poems and poets, without forgetting those modern troubadours who are the singer-songwriters. We then turn our attention to the poet and mystic of solitude and silence par excellence: San Juan de la Cruz. The article concludes with a short analysis of the biblical and mystical image of the “solitary bird”, a paradigm of the experience of contemplation.

KEY WORDS: Literature, Juan de la Cruz, solitary bird, silence.

* Profesor en la Universidad P. Comillas de Madrid. jamarcos@comillas.edu

Quizás, entre todas las armas de que disponemos frente a la cara negativa de la soledad, la literatura y la poesía sean de las más poderosas. A finales de la década de los sesenta, García Márquez escribía su famosa novela *Cien años de soledad*. No cabe duda de que la lectura de una gran novela puede funcionar como un auténtico analgésico frente a la angustia que acompaña ciertas formas de soledad. Y decimos ciertas ‘formas’, porque la soledad tiene dos caras: una más despiadada y negativa ciertamente, pero hay otra infinitamente amable y positiva. Esa que se puede convertir en soledad fecunda.

Según el diccionario de la Real Academia Española, la soledad se dice de muchas maneras. Y así, puede ser “carencia voluntaria o involuntaria de compañía”. También, la soledad, puede ser un “lugar desierto, o tierra no habitada”. Finalmente, la soledad puede aparecer, en el horizonte de la vida humana, como el “pesar y melancolía que se sienten por la ausencia, muerte o pérdida de alguien o de algo”. De lo que se deduce que la soledad está conectada, por una parte, con la forma de vivir las relaciones humanas, y por otra con los espacios físicos. Hay pues una soledad antropológica y otra geográfica.

En cuanto a la etimología de la palabra soledad, viene del latín “solitatem”. En su evolución dio lugar, entre otras, a la palabra castellana “soltero”¹. Soledad, en su acepción de “añoranza”, es también palabra hermana del portugués “saudade”. Y así, “solitario” es el que siente añoranza. En el origen de la palabra se halla también cierto parentesco con “cierta ave”: el pájaro solitario (“passer solitarius”) del salmo 101.

Acotada la palabra, nuestra intención es presentar, en las páginas que siguen, algunas evocaciones de la soledad en la literatura en general, pero centrándonos en la poesía, y contemplando la soledad desde la vivencia de los místicos. A este respecto, focalizaremos nuestra atención en san Juan de la Cruz, quizás el poeta por excelencia de la soledad y el silencio en la historia de la literatura española y de la mística cristiana.

1. Cf. K. VOSSLER, *La soledad en la poesía española*, Revista de Occidente, Madrid 1941, 11.

1. La soledad en la poesía (y la canción)

Rainer Maria Rilke, dirigiéndose a quienes se sentían llamados a escribir poesía, en su obra *Cartas a un joven poeta*, insistía en el poder creador de la soledad: “Lo único que por cierto hace falta es esto: soledad, grande, íntima soledad. Adentrarse en sí mismo y, durante horas y horas, no encontrar a nadie... Estar solos como estuvimos solos cuando niños, mientras a nuestro alrededor iban los mayores de un lado para otro, enredados en cosas que parecían importantes y grandes, solo porque ellos se mostraban atareados” (VI: 23/12/1902).

En la tradición literaria latina el tema de la soledad ha estado conectado a tópicos clásicos de la poesía, tales como el ‘carpe diem’, el ‘locus amoenus’ o el ‘tempus fugit’. Y tiene sus antecedentes remotos en la antigüedad clásica, y en concreto en Horacio (S. I a.C.) y su *Beatus ille*:

Feliz el que alejado de negocios,
como en remoto tiempo los mortales,
paternos campos con sus bueyes ara...

En las literaturas españolas de los respectivos siglos de Oro y de Plata, la soledad aparece como una realidad antropológica y geográfica, con tintes positivos y negativos, tanto de carácter profano como religioso. Del así llamado Siglo de Oro rescatamos tres nombres de referencia: Garcilaso de la Vega, fray Luis de León y Lope de Vega.

En el primero, Garcilaso de la Vega, nos encontramos con el tema de la soledad geográfica en su versión positiva. Es el clásico tópico del *lugar ameno* como espacio de soledad fecunda. El tema de la soledad alcanza una de sus cumbres en esa elegancia natural, y tan moderna, del poeta toledano (*Égloga* III). Es la soledad fecunda y positiva que tiene el poder de llenar de alegría la vida humana (‘alegrando la vista y el oído’):

Cerca del Tajo en *soledad amena*
de verdes sauces hay una espesura,
toda de yedra revestida y llena,
que por el tronco va hasta la altura,
y así la teje arriba y encadena,

que el sol no halla paso a la verdura;
 el agua baña el prado con sonido
 alegrando la vista y el oído.

Fray Luis de León, después de cinco años en la prisión vallisoletana de la Inquisición, escribió esa insigne décima (¿en la pared de la celda?), en la que apela a la deseada soledad geográfica (en *mesa, casa, campo*), y en conexión con Dios (*con solo Dios se acompasa*), y en experiencia de reconciliación con la propia soledad (*y a solas su vida pasa*):

Dichoso el humilde estado
 del sabio que se retira
 de aqueste mundo malvado,
 y con pobre mesa y casa,
 en el campo deleitoso
 con solo Dios se [a]compasa,
 y a solas su vida pasa,
 ni envidiado ni envidioso².

Y no menos célebre es la “Oda a la vida retirada”. Allí se alaba la soledad geográfica evocando al espacio del “desierto”. Pero un “desierto” muy peculiar, que no tiene nada que ver con el desierto real. Este desierto es un vergel, poblado de *fuentes, ríos, aves, huertos y flores*. No muy lejos de lo que en la tradición literaria se corresponde con lo que hemos designado como “lugar ameno”:

¡Qué descansada vida
 la del que huye del mundanal ruido,
 y sigue la escondida
 senda, por donde han ido
 los pocos sabios que en el mundo han sido!

-
2. El mismo fray Luis, en versión negativa y dentro del ámbito de la poesía religiosa explícita, habla de “soledad y llanto”. Así aparece en la primera estrofa de la soberbia “Oda de la Ascensión de Jesucristo”: *¿Y dejas, Pastor santo, / tu grey en este valle hondo, oscuro, / con soledad y llanto, / y tú, rompiendo el puro / aire, te vas al inmortal seguro?*

En este canto a la soledad anhelada, aparece de nuevo una idealización de la naturaleza: *¡Oh monte, oh fuente, oh río! [...] Despiértenme las aves / con su cantar sabroso no aprendido*. Y junto a la naturaleza, emerge una vez más la ‘casa’ y la ‘mesa’, abastecida no ya de pan, sino de ‘paz’: *A mí una pobrecilla / mesa de amable paz bien abastecida*. Junto al apaciguamiento que brindan el ‘monte’ y la ‘mesa’, se manifiesta la necesidad de reconciliarse con uno mismo (*Vivir quiero conmigo*). Y de disfrutar agradecidamente por todo, dirigiéndose a Dios a través de la sinécdoque o metonimia de ‘cielo’: *gozar quiero del bien que debo al cielo*.

La tercera figura que aquí apenas evocamos es Lope de Vega, quien apela a la soledad desde una reflexión de antropología existencial. Desengañado frente a una sociedad llena de hipocresías, el poeta ha decidido optar por la autenticidad existencial, en la mejor tradición de lo que don Antonio de Guevara, obispo de Mondoñedo, llamaba “menosprecio de corte y alabanza de aldea”. Recordemos solamente las estrofas de apertura y cierre del poema “A mis soledades voy” donde, a modo de inclusión, el lector va entrando y saliendo en una poderosa reflexión existencial sobre la soledad:

A mis soledades voy,
de mis soledades vengo,
porque para andar conmigo,
me bastan mis pensamientos.

Y en la estrofa de cierre:

[...] a mis soledades voy,
de mis soledades vengo.

Saltamos ahora del Siglo de Oro al así llamado Siglo de Plata de la literatura española: el siglo XX. Aquí volvemos la mirada sobre un selecto grupo de poemas y poetas: Gerardo Diego, José Agustín Goytisolo, Luis Cernuda y Pedro Salinas.

Es muy conocido el poema de Gerardo Diego al no menos conocido “Ciprés de Silos”. Allí nos encontramos con la naturaleza personificada en un ciprés, al que se dirige el poeta. En este caso la soledad no tiene con-

notaciones negativas. Más bien todo lo contrario, ese *Mástil de soledad*, *prodigio isleño*, es también *flecha de fe*, *saeta de esperanza*. Despunta una poderosa invitación a la trascendencia personal, a elevarse y trepar como hace el ciprés adentrándose en los cielos: *Cuando te vi señero, dulce, firme, / qué ansiedades sentí de diluirme / y ascender como tú [...] / mudo ciprés en el fervor de Silos*.

Goytisolo escribió el poema titulado “Palabras para Julia”. Allí nos encontramos con una radiografía de la soledad existencial, teñida de evidentes connotaciones negativas, y que antes o después asoma en toda vida humana: *Te sentirás acorralada / te sentirás perdida o sola / tal vez querrás no haber nacido*. Dicha soledad, experimentada a nivel personal, casi siempre está conectada con la fragilidad de una vida humana aislada: *Un hombre solo, una mujer / así tomados, de uno en uno / son como polvo, no son nada*. Frente a estas experiencias negativas de soledad, el poeta invita a la protagonista (¿su propia hija?), de manera recurrente, a considerar el valor terapéutico de las palabras: *Entonces siempre acuérdate / de lo que un día yo escribí / pensando en ti, como ahora pienso*. Y a activar la confianza en las relaciones humanas: *La vida es bella, ya verás / como a pesar de los pesares / tendrás amigos, tendrás amor*. Y el reconocimiento humilde, por parte del poeta, de su propia fragilidad: *Perdóname no sé decirte / nada más, pero tú comprende / que yo aún estoy en el camino*.

El poema de Luis Cernuda, “Viviendo sueños”, se sitúa en el ámbito del amor humano, y en las vagas fronteras entre la realidad y el sueño. Habla de soledad antropológica, pero también de encuentro y de presencia: *Tantos años que pasaron / con mis soledades solo / y hoy tú duermes a mi lado*. El poeta concluye exaltando la presencia y compañía humana como lo más valioso de la existencia: *Miro y busco por la tierra: / nada hay en ella que valga / lo que tu sola presencia*.

En una línea parecida se sitúa ese grandísimo poeta que fue Pedro Salinas, con su poema “Razón de amor”. Quizás Salinas escribió la poesía más poderosa y original del siglo XX en lengua española, al menos en el ámbito del amor. El poema citado parte de dos versos que, en admirable sinestesia, recogen el anhelo de escuchar, sentir y ver a la persona amada: *Si la voz se sintiera con los ojos / ¡ay, cómo te vería!* Allí donde brota el

amor (que viene por la ‘voz’, el oído y la palabra), queda cancelado todo poder negativo que pueda tener la soledad: *Noche no hay si me hablas por la noche. / Ni soledad, aquí solo en mi cuarto / si tu voz llega, tan sin cuerpo, leve.*

Junto a los grandes poetas, no queremos olvidar, en el tratamiento del tema de la soledad, esa otra poesía que podemos reconocer hoy en día en la canción popular (en prolongación de la mejor tradición de trovadores y juglares). Son interminables los ejemplos que se podrían aducir. Pero recordemos solo el grupo aragonés Amaral, a ese poeta ‘canalla’ que es Joaquín Sabina, la cantante canaria Rosana, y el cantante uruguayo Jorge Drexler.

Amaral, en su canción titulada “El universo sobre mí”, recoge de manera sintética, en apenas tres versos, la sensación de soledad que invade a muchas personas en la sociedad actual: *Necesito alguien que comprenda / que estoy sola en medio de un montón de gente / ¿Qué puedo hacer?* Estos versos, si se nos permite llamarlos así, recuerdan aquel otro verso del célebre soneto de Quevedo (“Es hielo abrasador, es fuego helado”), toda una radiografía de las paradojas del amor: *un andar solitario entre la gente*. El protagonista de la canción de Amaral no encuentra otra terapia frente a esa soledad que el deseo recurrente por: *vivir, gritar y sentir*.

Joaquín Sabina, en su canción “Que se llama soledad”, recoge la necesidad imperiosa de amor, o el anhelo de una caricia, que está presente en todo ser humano: *Cuando el alma necesita / un cuerpo que acariciar*. La soledad aquí tiene unas claras connotaciones negativas. Aparece doblemente señalada: por una parte, a través del referente de la luna (de por sí, imagen con evidentes connotaciones de soledad), por otra, a través de uso de una personificación (la luna tiene ‘hombro’), convirtiéndose así en apoyo para el ser humano: *Y algunas veces suelo recostar / mi cabeza en el hombro de la luna / y le hablo de esa amante inoportuna / que se llama soledad*.

Rosana canta aquello de “Si tú no estás aquí”. Se trata de una síntesis condensada de los males de la soledad. Toda la canción está construida sobre la recurrencia de dos versos: por una parte, el anhelo explícito de compañía, expresado en su formulación negativa: “No quiero estar sin ti”. Por otra parte, la condicional reiterada machaconamente: “Si tú no

estás aquí...”; que se complementa con una serie de carencias vitales: “me falta el aire”, “la gente se hace nadie”, “me falta el sueño”, etc. Es la soledad antropológica, negativa, que aflora cuando no hay nadie a quien amar.

Y finalmente recordemos una canción con evidentes contenidos existenciales y casi metafísicos. Nos referimos a Jorge Drexler y su “Soledad”. Aflora aquí una soledad existencial, personificada, a la que el cantante se dirige en todo un proceso de autoconocimiento y reconocimiento de las propias carencias, fragilidades, vulnerabilidades: *Soledad [...], propongo que tú y yo nos vayamos conociendo [...] Te traigo mis cicatrices*. En ese diálogo con la propia soledad, hay siempre algo de desdoblamiento personal, de tomar distancias, y de encontrar, paradójicamente, una compañera de camino. Una compañera que se llama “soledad”: *Que raro que seas tú / quien me acompañe, soledad / a mí, que nunca supe bien / cómo estar solo*.

2. La soledad en los místicos

Tras esta breve incursión genérica en el tema de la soledad dentro de la poesía, nos centramos ahora en los místicos. Y en concreto en san Juan de la Cruz, uno de los mejores exponentes de la poesía de la soledad y del silencio. Su mística se puede contemplar como una propuesta que pasa por hacer un doble viaje: un primer viaje del silencio a la soledad pasando por la atención amorosa; y en paralelo, un segundo viaje de la contemplación a la vida (en *feedback*), donde la oración decide la vida, y la vida decide la oración. Las así llamadas virtudes del pájaro solitario, unidas al lenguaje del “callado amor”, serán testigos de excepción de esa soledad fecunda que siempre alimentó la mística sanjuanista.

La soledad de Juan de la Cruz, dentro de la mejor tradición del *lugar ameno*, está también conectada a la naturaleza: “Los *valles solitarios* son quietos, amenos, frescos, umbrosos, de dulces aguas llenos, y en la variedad de sus arboledas y suave canto de aves hacen gran recreación y deleite al sentido, dan refrigerio y descanso en su soledad y silencio. Estos *valles*

es mi Amado para mí” (C 14,7)³; las ínsulas extrañas “están ceñidas con la mar y allende de los mares, muy apartadas y ajenas de la comunicación de los hombres” (C 14,8). Tanto los ‘valles’ como las ‘ínsulas’, son espacios exteriores, transformados por la mirada del místico, y convertidos, definitivamente, en el mejor trasunto de su propia interioridad.

En los versos de Juan de la Cruz hallamos reminiscencias de los espacios garcilasianos, del lugar ameno. A este respecto conviene recordar que dos años antes de estudiar Juan de Yepes en Medina, con el jesuita y gran pedagogo Juan Bonifacio, se habían publicado allí mismo dos ediciones de las obras de Garcilaso de la Vega. Más tarde, por Salamanca, con nuestro fraile como estudiante, andaba por allí fray Luis de León, catorce años mayor que el primero, y que explicaba Teología en la cátedra Durando⁴. Ambas influencias están en Juan de la Cruz, pero la influencia más persistente en *Cántico* es la que fluye del *Cantar* bíblico. Con la salvedad de que en nuestro místico contamos siempre de trasfondo con una ‘topografía’ interior, espiritual, imaginaria⁵.

Por eso, en san Juan, la soledad se nos muestra como espacio íntimo, como “soledad interior” (4A9). Es así como la interioridad humana es concebida también como espacio de holgura y de libertad: “profundísima y anchísima soledad” (2N 17,6), “altísimas soledades” (L 3,63). *Interior, profundísima, anchísima, altísima*: es la espacialidad de una soledad que se nos muestra aquí dilatada por el uso del superlativo. Así se pone de manifiesto la amplitud y libertad de la interioridad humana. Si en un sentido la soledad está conectada con el espacio exterior (la naturaleza), si en otro sentido está conectada con el espacio interior (en el que habitar), quizás ante todo esté conectada con una nueva experiencia de libertad (desapego): exterioridad, interioridad y libertad en recirculación transitiva.

-
3. Citamos siempre según la edición de SAN JUAN DE LA CRUZ, *Obras completas*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2009⁶, utilizando las siglas ya generalizadas.
 4. J. A. DE SOBRINO, *La soledad mística y existencialista de san Juan de la Cruz*, Suc. de Rivadeneira, Madrid 1952, 8-9.
 5. Cf. *San Juan de la Cruz. Cántico espiritual y poesía completa*. Edición, prólogo y notas de P. Elia y M^a J. Mancho. Estudio preliminar de D. Ynduráin, Crítica, Barcelona 2002, 422-24.

Pues bien, en nuestra opinión nadie antes, y quizás nadie después de Juan de la Cruz (al menos en los territorios de la contemplación mística y de la poesía), ha tratado con más autoridad el tema de la soledad. En el poema *Cántico Espiritual*, dicho tema alcanza su punto culminante ya muy avanzada la historia de amor que allí se nos narra. Es la estrofa que sirve de transición y umbral a la tercera parte del poema, siempre que se contemple su estructura desde la clásica ‘herida del amor’:

En soledad vivía
y en soledad ha puesto ya su nido,
y en soledad la guía
a solas su querido,
también en soledad de amor herido (C 35).

La repetición casi encantatoria del término “soledad” empapa toda la estrofa y parece ser la palabra maestra del verdadero amor. En el comentario que san Juan de la Cruz lleva a cabo de dicha estrofa⁶ se multiplican hasta el infinito las reiteraciones de la palabra ‘soledad’. Es esta insistencia seductora el mejor procedimiento formal para transmitirle al lector la experiencia de esa ‘soledad’ mágica y maravillosa. Se trata casi de una técnica musical (cual bolero de Ravel), con vistas a expresar la embriaguez del entusiasmo amoroso.

Decía Séneca en carta a uno de sus amigos: “Lucilio, Lucilio, mientras no seas un hombre virtuoso, no quieras estar mucho tiempo a solas, porque no puede ser bueno estar tanto tiempo con un hombre malvado”. Algo de esto es la soledad negativa que recorre las 12 primeras estrofas de *Cántico*, focalizadas en la angustia de la ausencia y del abandono. Sin embargo, en la estrofa que acabamos de leer, la soledad ha sufrido una metamorfosis, en virtud de la cual el místico se ve introducido en una atmósfera positiva. Estamos en las cimas de la experiencia mística.

La imagen del ‘nido’ refuerza el sentimiento de soledad. Pero a la vez nos sitúa en un espacio elevado, de libertad y de fragilidad. De soledad en

6. Cuenta con las siguientes frecuencias léxicas: 28 veces ‘soledad’; 10 ‘a solas’; y 9 ‘solo/sola’

compañía. Hogar cálido y acogedor (libre, como el pájaro que vuela), la imagen del nido nos recuerda que incluso la experiencia mística más elevada (en este mundo), no nos libera de la vulnerabilidad humana. Del hecho de que siempre vivimos a la intemperie, sin cielo protector. El nido es además imagen de intimidad y soledad espaciales, en continuación con el ‘huerto’ o la ‘bodega’ de las estrofas precedentes de *Cántico*. Todos ellos ámbitos solitarios que solo parecen llenarse con la presencia del Amado.

Comentando esta estrofa afirma nuestro místico que es en esta soledad donde se capta la verdadera libertad de espíritu (C 35,2). Y todo ello merced a un nuevo contacto directo con la divinidad. Dicho contacto con el Amado, ya sin mediaciones, se experimenta (en cuanto vínculo divino), como la libertad más auténtica⁷. Por primera vez Dios en persona se convierte en el protagonista principal de la biografía del místico:

En soledad de todo [...] arrimo de las criaturas por llegar a la compañía de su Amado” (C 35,2). Dios “la guía y la mueve y levanta a las cosas divinas; conviene saber [...], su voluntad mueve libremente *al amor de Dios*, por que ya está sola y libre de otras afecciones (C 35,5).

3. El pájaro solitario

Isabel de la Encarnación, carmelita profesa en Granada y fundadora en Baeza y Jaén, certifica que fray Juan compuso un tratadillo que se titulaba “*Propiedades del pájaro solitario*, en donde, a lo espiritual, explicaba la *soledad* y atención que el alma en el camino de perfección ha de tener al cielo”⁸. De dicho tratadillo hoy no sabemos nada más que lo que el mismo Juan de la Cruz nos cuenta entreverado en sus obras. Y así, del *pájaro solitario* (Sal 101, 8) se habla en *Subida del Monte Carmelo*; en *Dichos de*

7. “Los místicos españoles, principalmente san Juan de la Cruz, eran lo suficientemente numerosos y superiores para proporcionar una libertad de pensamiento a todos aquellos que tenían la fuerza de seguir el camino de la soledad interior” (K. VOSSLER, 229).

8. Declaración autógrafa en el Archivo Carmelitas Descalzas de Jaén y *Biblioteca Mística Carmelitana* 23, Monte Carmelo, Burgos 1992, 137.

luz y amor y en *Cántico Espiritual*, al comentar el verso: “En par de los levantes de la aurora”.

Las fuentes de dicha imagen las podemos rastrear en la Biblia, y más en concreto en el Salmo 101, 7-8:

Me parezco al búho del yermo, igual que la lechuza de las ruinas;
insomne estoy y gimo cual solitario pájaro en tejado...

Halléme hecho como el pájaro solitario en el tejado (Sal 101, 8). San Juan de la Cruz ha convertido el pájaro solitario de este salmo en símbolo de impulso ascensional. En metáfora de la soledad contemplativa. El alma ahora puede volar hasta el cielo, para unirse a ese amor que le atrae y llama.

Los críticos han visto en el pájaro solitario de Juan de la Cruz una asimilación del ave Fénix (López Castro, Ynduráin), un bosquejo de la naturaleza visible (Sanz Hermida), o la huella manifiesta de la mística islámica (López-Baralt)⁹. El símbolo del alma como pájaro aparece ya en Egipto, de donde procede también la leyenda del ave fénix: ave inmortal que renace de sus cenizas. Ave asociada a una poética del fuego, y que la Edad Media identificó con Cristo que triunfa sobre la muerte.

Y, de hecho, las cualidades del pájaro solitario de Juan de la Cruz solo se encuentran en el ave fénix, que viene de Oriente cada cuatrocientos años: como en Cristo implica un proceso radical de transformación. Y es razonable pensar en que dicho pájaro solitario es también la imagen del mismo poeta: dicha ave es Cristo, y es el mismo Juan de la Cruz, ahora identificado con ambos. Este pájaro ni es ni puede ser un pájaro más, un pájaro normal. Solo puede ser un pájaro fantástico. El Fénix simboliza a veces a Cristo, a veces al alma humana, y siempre remite a la resurrección. Y a la imagen paulina de despojamiento de las vestiduras viejas.

9. Cf. a este respecto: A. LÓPEZ CASTRO, “El motivo poético del pájaro solitario sanjuanista”, *San Juan de la Cruz* 21 (1998) 95-105; E. SÁNCHEZ COSTA, “El pájaro solitario sanjuanista: una aproximación”, *RILCE* 24,2 (2008) 407-419; L. LÓPEZ-BARALT, *San Juan de la Cruz y el Islam*, Hiperión, Madrid 1990; D. YNDURÁIN, “El pájaro solitario”, *Actas del congreso internacional sanjuanista*, Vol. I. Filología, Junta de Castilla y León, Valladolid 1993, 143-161.

A nivel simbólico, el ave Fénix nos conecta con la inmensidad del aire, el vuelo, un espacio libre y vacío, que enlaza lo visible y lo invisible, que une el cielo y la tierra. En un sentido, el “pájaro solitario” puede ser símbolo de angustia y desgracia humanas, como lo es para el salmista cuando dice: “estoy desvelado y gimiendo como pájaro solitario en el tejado” (Salmo, 102,8). Pero en otro sentido, más profundo, puede ser y es todo lo contrario. Y así, en Juan de la Cruz se convierte en el símbolo máximo del ser humano que, perforando la soledad, ha hecho la experiencia de Dios en toda su profundidad y anchura y altura.

Respecto a las cualidades de este pájaro, el autor ofrece un orden diferente de las mismas en los diferentes lugares de sus escritos en que las explica. Intentando sintetizar y simplificar dichas cualidades podemos contemplarlas desde tres dimensiones espaciales: vertical [lo alto]; horizontal [la soledad]; y concéntrica [sin color]; desde una metáfora (la del aire); y desde una acción (el canto). Nosotros nos centraremos en las dos primeras, que son las que mejor reflejan la experiencia de la soledad mística.

En sus comentarios Juan de la Cruz busca poner de relieve la fascinante experiencia de la contemplación de Dios en clave de amor. Una experiencia que desborda toda razón. Que trasciende toda ciencia humana. De ahí que, en dicha experiencia contemplativa o mística...

Se ve el entendimiento levantado con extraña novedad sobre todo natural entender a la divina luz, bien así como el que, después de un largo sueño, abre los ojos a la luz que no esperaba. Este conocimiento entiendo quiso dar a entender David cuando dijo: *Vigilavi, et factus sum sicut passer solitarius in tecto*. Que quiere decir: *Recordé y fui hecho semejante al pájaro solitario en el tejado* (Sal 101, 8). Como si dijera: abrí los ojos de mi entendimiento y halléme sobre todas las inteligencias naturales *solitario* sin ellas en el tejado, que es sobre todas las cosas de abajo (C 15,24).

En esta experiencia contemplativa de elevación y transcendencia (‘en el tejado’), “se queda el alma como ignorante de todas las cosas, porque solamente sabe a Dios sin saber cómo” (cf. 2S 14,11). Nos encontramos aquí con un *no sufrir compañía*, aunque sea de su naturaleza, pues ha de ser

tan amiga [el alma contemplativa] de la soledad y silencio, que no sufre compañía de otra criatura (D 120). Es la experiencia de un estar solitario sin estar solo. De todas las cosas enajenado y abstraído (cf. 2S 14,11). Esta ave no consiente otra ave alguna junto a sí, sino que, en posándose alguna junto, luego se va. Y así, el espíritu, en esta contemplación, está en soledad de todas las cosas, desnudo de todas ellas. No consiente en sí otra cosa que soledad en Dios (C 14).

Desde esta “soledad en Dios”, desde esa soledad en compañía, san Juan de la Cruz supo vivir con una dignidad sin parangón los momentos más duros de su existencia personal. Es lo que podemos comprobar unos meses antes de su muerte, allá donde había sido injustamente tratado por sus propios hermanos carmelitas. Excluido y marginado (dejado al margen), convertirá su soledad en una oportunidad. Y así, en una de sus últimas cartas habla de la soledad fecunda. Habla del desierto físico y del desierto espiritual, como espacio de ‘admirable anchura’. Con concesiones retóricas (*el alma muy pobre anda*) y confesiones veladas de su situación personal (*ser manoseado*), aprendió a vivir con admirable paz en medio de las contrariedades de la vida. Es lo que nosotros hoy en día hemos dado en llamar resiliencia:

En este desierto de La Peñuela [Jaén] me hallo muy bien. Que la anchura del desierto ayuda mucho al alma y al cuerpo, aunque el alma muy pobre anda. Debe querer el Señor que el alma también tenga su desierto espiritual. Bien me hallo sin saber nada, y el ejercicio del desierto es admirable. Esta mañana habemos ya venido de coger nuestros garbanzos, y así, las mañanas. Otro día los trillaremos. Es lindo manosear estas criaturas mudas, mejor que [no] ser manoseados de las vivas¹⁰.

10. Carta del 19 de agosto de 1591, fragmentos selectos.